

Trabajo de campo, etnografías re-queridas y conocimiento compartido

Ella Fanny Quintal Avilés*

ISSN: 2007-6851

p. 65-p. 74

Fecha de recepción del artículo: mayo de 2019

Fecha de aceptación: diciembre de 2019

Título del artículo en inglés: *Fieldwork, Required Ethnographies and Shared Knowledge.*

Resumen

Hasta hace algunas décadas, en los programas de las licenciaturas en antropología había una asignatura llamada “metodología y trabajo de campo”; en otras se incluían en el plan de estudios uno o más períodos de trabajo de campo. De una u otra forma, se trataba de enseñar a los estudiantes cómo llevar a cabo investigación con base en trabajo de campo: observación, observación participante, genealogías, entrevistas (abiertas y estructuradas), historias de vida, diario de campo, fichas de investigación, entre los recursos más destacables. En la práctica profesional, sin embargo, hay diferentes maneras de llevar a cabo las tareas de investigación clave de la disciplina y el (la) antropólogo(a) se relaciona con las personas con y las comunidades en las que realiza sus indagaciones de formas diversas.

Palabras clave: aprendizaje disciplinar, ejercicio de la disciplina, salvaguarda del patrimonio, difusión.

Abstract

Just a few decades ago, Anthropology degree courses included a class known as “Methodology and Fieldwork”; other similar programs had a curriculum that included fieldwork during one or several periods. In either case, the purpose was to teach students how to accomplish research based on fieldwork: observation, participative observation, genealogies, interviews (free or structured), life stories, field diaries, research files, amongst other prominent resources. However, in professional practice, there are different ways to carry out this discipline’s key research tasks. Plus, the anthropologist has to establish some sort of relationship with those persons and communities in which he or she conducts research in its various forms.

Keywords: *disciplinary learning, disciplinary practice, heritage protection, diffusion.*

* Centro INAH Yucatán (inahsas@prodigy.net.mx).

En consecuencia, se trata de una ciencia social con un carácter esencialmente crítico y hasta subversivo... Por ello, incluso la simple etnografía descriptiva constituye un reto para la sociedad en la que se difunde, porque despoja a sus instituciones y su cosmovisión del halo de naturalidad e inmutabilidad en que se basan normalmente los procesos de enculturación y legitimación y que constituyen siempre un mecanismo de inmunización de cualquier sociedad ante los impulsos de cambio.

ESTEBAN KROTZ

Hace ya varias décadas, en un curso de psicopedagogía, cuando unos profesores nos enseñaban a otros profesores cómo ser mejores profesores, surgió la noción de *pre-tarea*: a saber, esa etapa, ese estado mental y afectivo, de reflexión, inquietud y emoción, que precede muchas veces a todo trabajo intelectual; desde preparar una clase, revisar calificaciones, escribir una ponencia o un artículo, o cualquier *tarea* que conlleve pensamiento, reflexión y por lo tanto, aunque parezca contradictorio, emoción y cierta dosis de ansiedad. De manera que ya no me alarmo demasiado cuando antes de escribir alguna ponencia, artículo o ensayo, paso por un más o menos largo periodo en el que avanzo, caminando y desandando diversas rutas, brechas, guías de lo que serán las ideas y propuestas base del escrito futuro.

Pero en el caso de este trabajo sobre etnografía, la etapa de *pre-tarea* ha sido no sólo prolongada sino también “emocional” en exceso. Ha consistido en un ir y venir entre la lectura y re-lectura de trabajos acerca de la etnografía y el trabajo de campo, y mis propias experiencias, recuerdos y evocaciones de actividades de investigación de campo, tanto en campo como en ciudades del país, durante un largo periodo como etnógrafa y como profesora. En este “diálogo” con los expertos que han escrito acerca de la etnografía y el trabajo de campo, aquéllos me resultaron frecuentemente “otros”. Y resultaron “otros” porque varias de sus experiencias me parecían diferentes e incluso distantes de las propias, aunque por supuesto, útiles para desencadenar la reflexión, el acuerdo, el disentimiento. De manera que este artículo habla de etnografía y trabajo de campo desde un punto de vista muy propio, y lo hago en diálogo con otros autores e investigadores.

Trabajo de campo

Cuando se consultan los textos que se centran en descripciones, explicaciones, reflexiones, críticas a las formas “tradicionales” de hacer etnografía y en propuestas –de lo más novedosas, interesantes y elaboradas– para llevar a cabo investigaciones en campo y finalmente, investigación etnográfica, se re-aprende y se produce un re-encuentro con una vivencia que debería ser parte de nuestro “perfil” antropológico: el descubrirnos compartiendo, aprendiendo, disintiendo y/o en contradicción con una gran gama de propuestas; y, en este marco, comprendiendo que cada investigador o cada grupo de investigadores elige un camino y una metodología

que dependen entre otros factores de sus planteamientos epistemológicos, de su inserción laboral, de su historia académica previa, de la generación en el marco de la cual se formó, del contexto sociocultural y político de la “región” que estudia, de sus aspiraciones como investigador, de sus limitaciones personales y académicas, entre otras “variables”. No hay, no puede y no debe haber recetas ni imposiciones. La diversidad cultural tan enarbolada y apreciada en la disciplina, debe incluir la aceptación de epistemologías y metodologías también diversas, sin menoscabo de la ética.

Algo es claro cuando se habla de investigación etnográfica: los especialistas o, quizá debería decir, quiénes han contribuido a la reflexión sobre “cómo hacer etnografía”, no dudan en afirmar que el corazón de la investigación etnográfica, antropológica, es el trabajo de campo. Así, “Josep Llobera [...] apunta acertadamente que el trabajo de campo no es la única manera como la antropología se acerca a los fenómenos socioculturales por estudiar, pero sigue constituyendo su ‘insignia de honor’” (Llobera en Krotz, 2012: 9).

Para Wolf, el trabajo de campo constituye un ritual: “La antropología insiste en afirmar la primacía de lo real que se oculta en lo aparentemente maligno, lo aparentemente falso, lo aparentemente feo. Por lo tanto, insiste en el trabajo de campo, esa forma de ritual en que el investigador se templea en el curso de la ‘observación por medio de la participación’” (Wolf en Hermitte, 2018: 103).

En este sentido, quizá la primera “práctica de campo” pueda ser entendida como un ritual de iniciación,¹ que no todos ni todas “sobreviven”. Porque, como dice Krotz, en un texto ya antiguo y vigente, “El caminar del antropólogo” (1977),² el trabajo de campo nos pone a muchos y muchas, por primera vez ante una realidad y un país hasta antes desconocido, un contacto del que no salimos inmunes sino cambiados, *otros*. Asumirse otro después del trabajo de campo y desear continuar en el camino de la etnografía es entonces una decisión, una opción³ que compromete a un tipo de práctica profesional. Yo estuve a punto de desertar ante mi primera “exposición” a la realidad lacerante de la zona henequenera de Yucatán a mediados de los años setenta.

Pero ¿qué estudiábamos en el aula quienes pasamos por la carrera en los setenta, en la Universidad de Yucatán? Hoy existe un considerable número de trabajos que abundan sobre cómo hacer o no etnografía, obras dedicadas a los estudiantes que inician la carrera.⁴ Nosotros, la primera generación de estudiantes universitarios de antropología en la península de Yucatán, tuvi

1. Ver también Ferrándiz (2011: 11).

2. Vuelto a publicar en parte como “El caminar antropológico: ensayo sobre el trabajo de campo y su enseñanza”, 2018, tomado de la versión de 1977.

3. Es importante aclarar que en la época en la que Krotz escribió este trabajo, los estudiantes de antropología proveníamos sobre todo de las “clases medias y más allá”. Hoy, cuando los estudiantes de las carreras de antropología suelen provenir de las clases menos favorecidas, quizá su aprendizaje antropológico más importante sea que su situación y las de sus familias no son algo “natural”, que la desigualdad es resultado de un sistema basado en la búsqueda incesante de ganancia, que enriquece a un puñado de personas y empobrece a millones.

4. Así los trabajos de Ferrándiz (2011), Boivin, Rosato y Arribas (2004), Rosana Guber (2011, 2004), Palerm (2008) y Restrepo (2018).

mos acceso a dos textos existentes en la más que escasa biblioteca de entonces: uno de Richard Adams (1964) y otro de Ricardo Pozas (1961).

Ciertamente, en México, la llamada “antropología comprometida” ya era un clamor en algunas comunidades antropológicas.⁵ Nada de indigenismo, había que involucrarse con los movimientos sociales. Así, Alonso, en la segunda mitad de los años ochenta nos dice:

Al acervo antropológico tradicional, de las descripciones etnográficas (entendidas en su sentido más amplio), de la utilización del método comparativo, el uso de técnicas clásicas como la observación participante, entrevistas dirigidas y abiertas, historias orales y revisión de archivos, análisis hemerográfico, complementadas con técnicas provenientes de la sociología como las encuestas y el recurso a la elaboración de estadísticas, se han agregado las *participaciones comprometidas*⁶ (que no dejan de ser críticas) y *combativas de los investigadores en los procesos*, y la *incorporación de la metodología estilo A. Touraine de la investigación sociológica*, en la que los investigadores propician el autoanálisis de los actores sociales (Alonso, 1988: 255).

No se investigaba, o se hacía poco, la cultura de lo que hoy llamamos pueblos originarios.⁷ En Yucatán no había movimientos sociales (aparecen algunas chispas después del asesinato del líder sindical Efraín Calderón Lara, por el gobierno del estado y la empresa) y si bien a mediados de los setenta empiezan a aparecer ciertos grupos campesinos inconformes con algunas leyes estatales sobre el campo, sus líderes no parecían considerar que fuera necesaria la investigación sino más bien la movilización.

En este contexto, quienes fuimos al campo sin acompañamiento de profesores(as), lo hicimos para cubrir el requisito de una asignatura (Trabajo de Campo y Análisis de Material) y guiados por textos que –como se dijo arriba en forma somera– explicaban algunas de las técnicas del trabajo de campo en comunidad (observación y observación participantes, entrevistas estructuradas y no estructuradas, genealogía y diario de campo, principalmente) (Adams, 1964 y Pozas, 1961).

A la “famosa” *Guía de Murdock* (1976), ni la conocíamos, ni falta que nos hacía, porque, se decía, era un texto para investigación “culturalista” y no permitía un conocimiento crítico de la realidad del país.⁸ Y sin embargo, la *Guía*, me enseñó su utilidad en un proyecto colectivo del entonces Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia

5. Se estudiaba entonces antropología en la Universidad de Yucatán, en la Universidad Veracruzana, en la Universidad Iberoamericana y en la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

6. *Cursivas mías*. Tesis y textos de “antropología urbana” fueron elaborados en los setenta a través de la participación directa y comprometida con los movimientos de los colonos de la ciudad de México sobre todo (Alonso, 1980).

7. Para una reflexión sobre los “indigenismos” en América Latina desde el punto de vista del investigador ciudadano, eso que somos quienes investigamos en nuestros propios países, véase Jimeno (2000).

8. En la “Presentación” a la edición en español, Ángel y Juan Vicente Palerm advierten: “Debe ser suficiente ahora indicar que la *Guía*, como tantas otras creaciones de la ciencia moderna, tiene una discutible progenitura”. Esto es, su utilización ha servido a principios poco éticos (Palerm y Palerm, 1976: 5).

(CISINAH),⁹ en el que participé a finales de los setenta y que incluía investigaciones en tres ciudades del país (Valladolid, Yucatán, Álamo y Poza Rica en Veracruz): independientemente del *problema de investigación* que nos hubiéramos planteado¹⁰ para cada “comunidad urbana”, todas las investigadoras involucradas teníamos: a) que llevar diario de campo (que se escribía diario) y b) elaborar fichas de trabajo de campo. Estas últimas eran escritas a partir de la información de campo, pero siguiendo los indicadores de la *Guía de Murdock*, cada ficha era escrita a máquina con original y copias, el original para la investigadora, una copia para la coordinadora del proyecto colectivo y una para el archivo del proyecto. Además, cada investigadora ponía un título a cada ficha, título que derivaba del objetivo de su investigación concreta.

Era una técnica muy interesante porque al escribir el diario, una se daba cuenta de la información incompleta, no clara, faltante, que debía ser obtenida en las siguientes entrevistas u observaciones. Cuando la información se pasaba a las fichas, el conocimiento de lo que había avanzado la propia investigación se hacía más claro y el proceso de elaborar el guion de exposición y argumentación, más fácil, porque el cúmulo de información obtenida era ya del dominio del investigador o investigadora.

El que hubiera un archivo del proyecto, favorecería, en teoría, la comparación y abonaría a la elaboración de un documento final que incluyera los diversos casos y sus rasgos y problemáticas compartidas y diferentes.

Hoy con las computadoras, los teléfonos móviles, estos procesos de “manejo” de la información son poco transitados. Ya no se requiere siquiera llevar cámara o grabadora al campo. El teléfono móvil y las redes sociales solucionan muchas de nuestras necesidades de información. Aunque estos avances tecnológicos no nos eximen de los recorridos de campo, la estadía en las comunidades, la observación participante, las entrevistas o los acompañamientos. Google Maps no reemplaza el caminar por las calles de las comunidades, localidades, pueblos, barrios, que también caminan las personas con las que o a partir de las que hacemos investigación.

Antes los (las) profesores(as) nos recomendaban tener mucha cautela y si bien aún hay que ser respetuosos y cuidadosos con el uso de grabadoras, teléfonos y cámaras, hoy en la Península, salvo en ciertas regiones,¹¹ se puede grabar entrevistas y tomar fotos con el celular, por supuesto obteniendo previamente el permiso de las personas. Por lo general, la gente de las comunidades no se siente importunada y mucho menos los y las líderes indígenas. La contraparte es que se acumula una gran cantidad de información que dada la dinámica que ha asumido la investigación en México –y al parecer en el mundo–, termina por no ser adecuadamente archivada y resguardada, analizada, procesada, publicada, difundida; nunca tenemos el tiempo suficiente.

9. Proyecto que fuera coordinado por la Dra. Virginia Molina Ludy (q.e.p.d).

10. Mi trabajo de investigación en la zona de Poza Rica-Coatzintla trató sobre la relación entre migración, industria petrolera y movilidad social (1981).

11. Las comunidades del centro de Quintana Roo.

La crisis de la antropología en los países ricos y los contextos y respuestas en los nuestros

En México, la “crisis” de la antropología empieza a finales de los sesenta y prosigue en los setenta, y consistió, como sabemos, en críticas al indigenismo por un lado, desde la perspectiva marxista que encontraba obreros y asalariados en las ciudades y campesinos en el campo, y por otro, desde los planteamientos de los indianistas (descalificados por los primeros como “etnopolistas”), que encontraban en la población del campo latinoamericano formas de vida, culturas e identidades diversas y valiosas y sujetas aún al dominio del colonialismo interno. Desde mi punto de vista, unos y otros se comprometieron, aunque de diferente forma.¹²

La crisis en la antropología de los países ricos fue posterior. Para Dietz y Mateos (2015) puede ser ubicada a partir de la publicación de dos textos paradigmáticos “en la reflexión metaetnográfica en la antropología”. Los autores de estos trabajos son Marcus y Fischer. Según Dietz y Mateos, “para evitar las posibles responsabilidades políticas que puedan surgir del trabajo de campo, los etnógrafos-autores¹³ acaban reduciendo su audiencia a las academias, a los etnógrafos-lectores”. La tarea de la antropología que se autoproclamó “posmoderna” consiste en deconstruir las etnografías destinadas a mostrar el haber “estado ahí” (Dietz y Mateos, 2015: 284).¹⁴

Como respuesta a esta propuesta “literaria y estetizante”, el planteamiento opuesto señala que el trabajo etnográfico es “político por antonomasia”, se propone entonces una *antropología de la liberación* (Dietz y Mateos, 2015: 285).

A partir de entonces, y con el trasfondo y la influencia del zapatismo y de los trabajos de investigadoras(es) involucradas(os) en el estudio y acompañamiento de colectivos en proceso de empoderamiento –y también con inspiración en las luchas de los pueblos de América Latina y de sus teóricos e investigadores (el giro decolonial,¹⁵ la ecología de los saberes (Souza, 2006), la interculturalidad, sobre todo– han surgido una gran cantidad de propuestas y experiencias de cómo hacer otro tipo de etnografía.

Podemos leer y reflexionar sobre las interesantes, novedosas y debatibles propuestas contenidas en los tres tomos de la obra editada por Xóchitl Leyva (2015). Los textos de esta magna obra escrita por poco más de cincuenta estudiosos, diría yo, a la usanza de los setenta, comprometidos, ofrecen para este tipo de antropología-etnografía muchos adjetivos. Por ejemplo, los que aparecen en el texto de Mignolo: investigación activista de Hale, quien distingue entre: a) intelectual público comprometido, b) la investigación descolonizada, y c) la investigación activista y finalmente nos habla de la investigación descolonizada. Pearce diferencia entre investigación

12. El trabajo de Guillermo Bonfil, *México profundo* (1990) sintetiza años de compromiso del autor con los pueblos indígenas de México y con la diversidad cultural del país como algo valioso y denuncia el carácter etnocida de las “élites” mexicanas (en sus palabras, el “México imaginario”).

13. Los intelectuales de esta corriente.

14. Una clara referencia a los trabajos de Geertz, sobre todo al texto *El antropólogo como autor* (1989).

15. Ver Santiago Castro-Gómez y Ramón Grosfoguel, *El giro decolonial* (2007).

participativa y observación participante. Rappaport presenta un caso de investigación cooperativa y participativa entre investigadores(as) colombianos e indígenas e investigadores de los Estados Unidos y Europa. Speed practica la antropología activista (Mignolo, 2015 t. III: 56-74).

Y sí, nos encontramos ante una gran proliferación y riqueza de maneras de adjetivar la etnografía y la investigación antropológica, recuperando y conservando o enarbolando la idea de una implicación con los objetos-sujetos de investigación.

Etnografías re-queridas

Cuando se estudian algunas de las propuestas y experiencias a las que de forma muy breve me refería arriba, de pronto una se encuentra tratando de “encuadrarse” en alguna de esas clasificaciones o repertorios. Yo opino que, en verdad, cada investigador ha recorrido sus propios caminos.

Me ha “tocado” hacer trabajo de campo en la ciudad de Mérida (Yucatán), en el municipio de Hopelchén (Campeche), en la ciudad de Poza Rica (Veracruz), en el municipio de Coyoacán (Ciudad de México), en más de una decena de comunidades mayas del oriente yucateco y he coordinado por casi veinte años al equipo regional de la península de Yucatán, del Programa Nacional de Etnografía del INAH. El objetivo ha sido conocer y entender las culturas y las condiciones de vida de los sujetos y comunidades de estudio. El trabajo de campo, de revisión histórica, de archivo, se requiere para acceder a un conocimiento útil para la sociedad mexicana en general. Pero a veces, este conocimiento también es re-querido para apoyar, apuntalar, acompañar las demandas y los movimientos de pobladores, colonos, comunidades.

En la segunda mitad de los ochenta, me tocó participar en una investigación que consistía en describir y registrar las fiestas, ritos y celebraciones que llevan a cabo en su territorio los pobladores del barrio de la Candelaria, Coyoacán, Ciudad de México. La investigación nos fue requerida por los propios pobladores a un grupo de investigadoras(es) del INAH y la DEAS. Se trataba de proporcionar información que les sirviera para defender su territorio y su patrimonio ante las constantes amenazas de la urbanización. El libro, publicado en 1989 (Mora y Quintal), fue recientemente editado a solicitud de los pobladores del pueblo de la Candelaria, para quienes los materiales del pequeño libro, constituye testimonio de la riqueza de su patrimonio festivo y de las formas organizativo-religiosas del pueblo.

Por supuesto que el trabajo de campo fue “miel sobre hojuelas”, no sólo por la temática atractiva e interesante, sino porque toda la comunidad estaba abierta a ser entrevistada, a ser observada, a ser fotografiada. Nuestro compromiso fue una responsabilidad *re-querida* por los pobladores y “querida” y gustosamente aceptada como investigadoras.

En la situación actual, cuando los territorios de los pueblos indígenas del país son constantemente amenazados por los capitales voraces que se ven favorecidos por la legislación mexicana

por cuanto a lo agrario, lo agrícola y la minería se refiere, los pueblos, comunidades y localidades, así como sus asesores, recurren a nuestro conocimiento de las condiciones de vida y de opresión en que viven sus habitantes, asimismo sobre la riqueza y diversidad de sus culturas; y recurren a nosotros(as), como compañeros(as) y acompañantes con conocimientos especializados (*expertise*, dijo recientemente el abogado de una ONG defensora de derechos humanos). Es así como andando esos caminos, acompañando, se aprende y se reinicia el ciclo; que si antes fue recibir y devolver, ahora inicia devolviendo pero al mismo tiempo recibiendo.

Cuando en 2018, el libro sobre las fiestas de la Candelaria, Coyoacán, fue presentado en la Ciudad de México, la Mtra. Teresa Mora me pidió que escribiera alguna nota para ser leída en dicha presentación. Desde Mérida, donde vivo, envié algunas líneas acerca de lo que para mí ha significado el trabajo con la gente que vive en ese pueblo. Después de la presentación Tere Mora me llamó para comentarme que los habitantes de la Candelaria que asistieron a la presentación de la nueva edición, estuvieron muy contentos con mis muy breves comentarios. Y para mí, por supuesto, este tipo de situaciones me recuerdan que nuestro trabajo, el de etnógrafas(os), es útil y pertinente.

Pienso que al etnógrafo le toca investigar, explicar –si puede–, entender, comprender, saber, escribir, publicar, dar conferencias –a veces los mayas quieren conferencias sobre sus culturas–, dar clases, difundir, acceder a ser entrevistado –en determinados contextos no es tarea fácil– y acompañar a la gente cuando así se requiera. En todo esto, me parece, consiste el compromiso.

Bibliografía

- Adams, Richard (1964). *Introducción a la antropología aplicada*. Guatemala: Seminario de Integración Social Guatemalteca.
- Alonso, Jorge (1988). "La investigación antropológica y los movimientos sociales". En *Teoría e investigación en la antropología social mexicana* (pp.239-261). México: CIESAS / UAM-I.
- Alonso, Jorge (ed.) (1980). *Lucha urbana y acumulación de capital*. México: Ediciones de la Casa Chata.
- Boivin, Mauricio, Rosato, Ana y Arribas, Victoria (2004). *Constructores de otredad. Una introducción a la Antropología Social y Cultural*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Bonfil, Guillermo (1990). *México profundo*. México: Grijalbo / Conaculta.
- Castro-Gómez, Santiago y Grosfoguel, Ramón (eds.) (2007). *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores / Universidad Central / IESCO / Pontificia Universidad Javeriana-Instituto Pensar.
- Dietz, Gunther y Mateos, Laura Selene (2015). "Entre culturas, entre saberes, entre poderes: la etnografía reflexiva en el acompañamiento de procesos de interculturalidad educativa". En Xóchitl Leyva et al., *Prácticas otras de conocimiento(s). Entre crisis, entre guerras* (t. I, pp. 281-312). México: La Casa del Mago / Cooperativa Editorial RETOS / CLACSO.
- Ferrándiz, Francisco (2011). *Etnografías contemporáneas. Anclajes, métodos y claves para el futuro*. Madrid: Anthropos / UAM-I.
- Geertz, Clifford (1989). *El antropólogo como autor*. Barcelona: Paidós.
- Guber, Rosana (coord.) (2018). *Trabajo de campo en América Latina. Experiencias antropológicas regionales en etnografía* [t. I]. Buenos Aires: Sb.
- _____ (2011). *La etnografía: método, campo, reflexividad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- _____ (2004). *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós.
- Guía de Murdock o Guía para la clasificación de los datos culturales* (1976). México: UAM-I.
- Hermitte, Esther (2018). "La observación por medio de la participación". En Rosana Guber (coord.). *Trabajo de campo en América Latina. Experiencias antropológicas regionales en etnografía* [t. I] (pp. 103- 122). Buenos Aires: Sb.
- Jimeno, Miriam (2000). "La emergencia del investigador ciudadano: estilos de antropología y crisis de modelos en la antropología colombiana". En Jairo Tocancipá (ed.). *La formación del Estado-nación y las disciplinas sociales en Colombia* (pp. 157-190). Popayán: Universidad del Cauca.
- Krotz, Esteban (2002). "Sociedad, conflictos, cultura y derechos desde una perspectiva antropológica". En Esteban Krotz (ed.). *Antropología jurídica: perspectivas socioculturales en el estudio del derecho* (pp. 13-49). Barcelona: Anthropos / UAM-I.

- _____ (2012). "¿Qué se aprende cuando se estudia antropología?" [Conferencia Esther Hermitte]. *Estudios en Antropología Social*, 2(1), pp. 3-14.
- _____ (2018). "El caminar antropológico: ensayo sobre el trabajo de campo y su enseñanza". En Rosana Guber (coord.). *Trabajo de campo en América Latina. Experiencias antropológicas regionales en etnografía* [t. I] (pp. 145-156). Buenos Aires: Sb.
- Leyva, Xóchitl et al. (2015). *Prácticas otras de conocimiento(s). Entre crisis, entre guerras* (t. I). México: La Casa del Mago / Cooperativa Editorial RETOS / CLACSO.
- Mignolo, Walter (2015). "El problema del siglo XXI es el de la línea epistémica". En Xóchitl Leyva et al., *Prácticas otras de conocimiento(s). Entre crisis, entre guerras* [t. III] (pp. 57-74). México: La Casa del Mago / Cooperativa Editorial RETOS/CLACSO.
- Mora, Teresa y Quintal, Ella Fanny (1989). *Fiestas tradicionales del pueblo de La Candelaria, Coyoacán*. México: DEAS-INAH.
- Palerm, Ángel y Palerm, Juan Vicente (1976). "Presentación". En *Guía Murdock* (pp. 3-8). México: UAM-I.
- Palerm, Jacinta (2008). *Guía y lecturas para una primera práctica de campo*. Querétaro: Universidad Autónoma de Querétaro.
- Pozas, Ricardo (1961). *El desarrollo de la comunidad: técnicas de investigación social*. México: UNAM.
- Quintal, Ella Fanny (1981). *Industria petrolera, migración y movilidad social en la zona de Poza Rica-Coatzintla, Veracruz* (Tesis de licenciatura en Ciencias Antropológicas). Universidad de Yucatán, Mérida.
- Restrepo, Eduardo (2018). *Alcances, técnicas y ética*. Lima: UNMSM / Universidad de Perú / Decana de América.
- Souza Santos de, Boaventura (2006). *Conocer desde el Sur*. Lima: Fondo de la Facultad de Ciencias Sociales / UNMSM.